

en el bulevar, tentativas de las que salía lesa; como heroína de drama, aplicando un par de bofetones á sus cobardes agresores.

Por su parte mamá Coupeau, cuya vista iba debilitándose cada día más, á la vez que su aptitud para el trabajo, esforzabase en que hicieran las paces y en estar bien con todos sus hijos, á fin de que no le faltara una moneda de cien sueldos cuando la hubiese menester.

El mismo día en que Naná cumplió los tres años, Coupeau, al regresar por la noche, encontró á Gervasia como trastornada. Negóse ésta á contestar á sus preguntas, diciendo que no tenía nada. Pero al ver su marido que ponía la mesa al revés y se quedaba abismada en profundas reflexiones con los platos en la mano, quiso obtener una explicación.

—¡Pues bien!—dijo ella al cabo de un rato,—la tienda del mercero de la calle de la Goutte d'Or está para alquilar... Acabo de verla, hace una hora, al ir á comprar hilo. Me ha dado un vuelco el corazón.

Era una tiendecita muy linda, situada precisamente en el gran caserón donde en otros tiempos pensaban habitar. Constaba de tienda, trastienda y dos cuartos, á derecha y á izquierda, en una palabra, lo que les convenía, piezas algo pequeñas, pero bien distribuidas. Sólo tenía un defecto; era cara: el propietario exigía quinientos francos de alquiler.

—¿Según eso, la has visto y preguntado el precio?—dijo Coupeau.

—¡Oh! ¡por curiosidad, nada más!—contestó ella, afectando un aire de indiferencia.—Cuando hay papeles, una entra á ver los cuartos, y esto á nada compromete... Pero esta es muy cara, decididamente. Y además, ¿quién sabe si no haría una necedad estableciéndome?

Con todo, después de comer, volvió á sacar á discusión la tienda del mercero. Hizo un croquis de su distribución en el margen de un periódico. Y, poco á poco, engolfábase, media las habitaciones, ordenaba las piezas como si se tratara de trasladar á ella los muebles al día siguiente. Entonces Coupeau la animó á alquilarla, viendo sus grandes deseos; seguro de que

no encontraría otra tan bonita por menos de quinientos francos; y además, ¿quién sabe si obtendrían alguna rebaja! Lo único que encontraba enojoso era ir á vivir á la misma casa de los Lorilleux, á quienes la joven no podía sufrir.

Pero ésta enfadóse, y dijo que no detestaba á nadie, y en el ardor de su deseo hasta llegó á defender á los Lorilleux, que no tenían mal fondo y con los cuales acabarían por hacer muy buenas migas. Y, cuando se hubieron acostado, dormía Coupeau ya haría rato, y aún continuaba ella echando cálculos para la distribución de sus muebles sin haberse decidido, no obstante, á alquilar la tienda.

A la mañana siguiente, después de haber salido Coupeau á su tarea, no pudo resistir Gervasia al deseo de levantar el fanal del reloj y consultar la libreta de la Caja de Ahorros. ¡Pensar que su tienda estaba allí, en aquellas hojas manchadas de sucios garabatos! Antes de ir á trabajar, consultó á la señora Gouget, la cual aprobó vivamente sus deseos de establecerse; con un marido como el suyo, buen muchacho no dado á la bebida, podía estar segura de llevar adelante su negocio, sin riesgos ni tropiezos.

A la hora de almorzar subió á casa de los Lorilleux para saber su opinión; deseaba que no creyesen que se ocultaba de su familia. La señora Lorilleux quedó estupefacta. ¡Cómo! ¡la Banbán poner una tienda! Y, con el corazón destrozado, balbuceó algunas frases, aparentando satisfactoria sorpresa; indudablemente, la tienda era cómoda, y hacía muy bien en tomarla. No obstante, cuando se hubo repuesto del susto, ella y su marido hablaron de la humedad del patio y de la obscuridad de los cuartos bajos. ¡Oh! aquello era una mina de reumatismos. Pero en fin, si estaba decidida á alquilarla, de nada iban á servir sus observaciones.

Por la noche confesaba Gervasia francamente y sonriendo que habría caído enferma si la hubiesen prohibido tomar la tienda. Sin embargo, antes de decir: ¡ya está! quería que Coupeau la viese y procurase obtener una rebaja de alquiler.

—Pues bien, si te parece, iremos mañana—dijole su marido.—Pasarás á buscarme á las seis al trabajo,

calle de la Nation, y de regreso vendremos por la calle de la Goutte d'Or.

Ocupábase á la sazón Coupeau en concluir el techo de una casa nueva de tres pisos. Aquel día precisamente debia de colocar las últimas planchas de zinc, y como el tejado era casi llano, había instalado allí su banco de trabajo, una ancha tabla sobre dos caballetes. Un hermoso sol de mayo se estaba poniendo, dando un reflejo dorado á las chimeneas. Y allí arriba, bajo un cielo despejado, el obrero cortaba tranquilamente su zinc con las tijeras, inclinado sobre el banco, cual pudiera un sastre en su tienda cortar un par de pantalones. Junto á la tapia de la casa vecina, su ayudante, un rapaz de diez y siete años, endeble y rubio, mantenía el fuego del hornillo con auxilio de un enorme fuelle, cada uno de cuyos hálitos hacía brotar un chisporroteo de estrellas candentes.

—¡Eh! ¡Zidoro! ¡pon á calentar los soldados!

El ayudante puso los soldados en medio de las brasas que brillaban con color rosa pálido en la claridad del día.

Después, púsose á soplar. Coupeau tenía en la mano la última hoja de zinc que faltaba colocar al borde del tejado, junto al canalón; allí había una rápida pendiente, y debajo aparecía la anchurosa boca de la calle. El plomero que estaba allí como en su casa, con zapatos de orillo, se adelantó arrastrando los pies, y tarareando una coplilla de «¡Oh! les petits agneaux!» Llegado ante la boca del abismo, se deslizó un poco; apoyóse con una rodilla contra la mampostería de una chimenea y se quedó con la otra pierna colgando hacia la calle. Cuando se volvió para llamar al diablillo de Zidoro, agarrábase de un ángulo de la chimenea por aquello de que entre su cuerpo y la acera sólo mediaba el espacio.

—¡Maldito remolón! ¡ea! ¡dame los soldados! ¡siempre estás mirando al aire, como si te hubiesen de caer alondras fritas en la boca!

Mas Zidoro no se daba prisa. Llamábale poderosamente la atención una gran columna de humo que subía del fondo de París, por la parte de Grenelle; tal vez sería un incendio. Sin embargo, se puso panza

abajo, y alargó los soldadores á Coupeau. Este, entonces, comenzó á soldar la plancha. Encogíase, alargábase, conservando siempre el equilibrio, sentado sobre un muslo, sostenido por la punta del pie ó retenido por un dedo. Tenía un aplomo maravilloso, un atrevimiento de mil diablos, natural, desafiando el peligro. Este y él eran buenos amigos. La calle era la que le tenía miedo á él, y como quiera que no soltaba su pipa, volvíase de vez en cuando, y escupía tranquilamente en la calle.

—¡Toma! ¡la señora Boche!...—exclamó de pronto.

—¿Eh? ¿señora Boche?

Acababa de divisar á la portera que atravesaba el arroyo. Alzó ésta la cabeza y le reconoció y entablóse una plática desde la acera al tejado. La portera tenía sus manos debajo del delantal, y la nariz mirando al cielo. Coupeau, en pie á la sazón y agarrado con el brazo izquierdo al tubo de la chimenea, se inclinaba hacia la calle.

—¿No habéis visto á mi mujer?—preguntó.

—No por cierto—contestó la portera;—¿anda por aquí?

—Ha de venir á buscarme... y ¿qué tal va de salud en casa?

—Muy bien: gracias. Yo soy la más enferma, y ya veis... Voy á la calzada Clignancourt á comprar un poco de carnero... El carnicero de cerca el Moulin Rouge, la vende á diez y seis sueldos no más...

Alzaron un poco la voz porque pasaba un coche por la calle de la Nation, ancha y desierta, en la cual sus gestos y exclamaciones sólo habían puesto en movimiento á una viejecilla que se asomara á la ventana; y esta viejecilla permanecía allí, apoyada en el alféizar, dándose la distracción de una mayúscula emoción contemplando al plomero, en el tejado de enfrente, y como si esperase verle caer de un momento á otro.

—¡Vaya! ¡buenas tardes!—gritó la señora Boche.—No quiero distraeros más tiempo.

Coupeau se volvió y cogió de nuevo los soldadores que le alargaba Zidoro. Pero, en el momento en que la portera se alejaba, percibió en la otra acera á Gervasia que llevaba á Naná de la mano. Levantaba ya

la cabeza la portera para advertir al plomero, cuando Gervasia le cerró la boca con un gesto enérgico. Y á media voz, á fin de no ser oída desde allí arriba, explicó su temor, tenía miedo de que presentándose de repente, se distrajesen su marido y cayese á la calle.

En cuatro años, sólo había ido una vez á buscarle al trabajo. Aquel día era la segunda vez. No podía ver con tranquilidad y sin que el corazón le diera un vuelco, á su marido suspendido entre cielo y tierra, y en sitios donde ni los gorriones se atrevían á posarse.

—Verdaderamente no es muy agradable ese espectáculo—murmuraba la señora Boche.—Mi marido es sastre, y por fortuna no tengo que pasar tales sustos por él.

—Si supieseis—añadió Gervasia:—al principio vivía yo siempre azorada desde la mañana hasta la noche; continuamente me lo representaba descalabrado y en una camilla... Ahora ya se han desvanecido algo mis temores. A todo se acostumbra una. Es necesario ganar el pan... Pero ¡vamos! es ese un pan bastante caro, puesto que á cada momento se arriesgan los huesos.

Y calló ocultando á Naná detrás de sus faldas, por temor de que la niña gritase. A pesar suyo, continuó mirando, llena de mortal palidez. Precisamente soldaba Coupeau en aquel momento el borde de una plancha, junto al canalón, y por más que se alargaba, no podía alcanzar á la extremidad.

Arriesgóse entonces, con esos movimientos pausados de los obreros, movimientos llenos de desembarazo y de aplomo. Hubo un momento en que, realmente, se encontró entre el cielo y la calle, sin agarrarse, tranquilo, preocupado en su tarea; y desde la acera, y bajo el soldador, paseado con mano experta, veíase serpentear la blanca llama de la soldadura. Gervasia, muda, constreñida por la angustia la garganta, juntó las manos, elevándolas con un gesto maquinal de súplica. Pero respiró ruidosamente, viendo que Coupeau volvía á subir al tejado, sin apresurarse, y tomándose el tiempo de escupir por última vez á la calle;

—¡Conque se me está espiando!—gritó alegremente al ver á Gervasia.—¿Se habrá callado como una tonta? ¿verdad, señora Boche? ¡sin quererme llamar!... Espera, todavía tengo tarea para diez minutos.

Faltábale colocar un capitel de chimenea, una friolera, casi nada. La planchadora y la portera continuaron en la acera, hablando del barrio y vigilando á Naná, para que no se diese un baño en el arroyo donde estaba empeñada en pescar pececillos; y continuamente volvían á levantar la vista hacia el tejado, sonriendo y moviendo la cabeza, como para indicar que no se impacientaban. En frente la viejecita continuaba en la ventana, mirando al obrero, esperando.

—¿Qué demonio estará acechando esa bruja?—dijo la señora Boche.—¡Vaya una momia!

En lo alto oían la robusta voz del plomero cantando: «¡Ah! ¡qu'il fait donc bon cueillir la fraise!» A la sazón, inclinado sobre su banco, cortaba el zinc como un artista consumado. Con una vuelta de compás trazó una línea y con unas tijeras encorvadas cortó un trozo en forma de ancho abanico: después, con el martillo, plegó este abanico á manera de cono puntiagudo. Zidoro se afanaba de nuevo soplando la lumbrera del hornillo.

El sol poníase detrás de la casa con un gran reflejo sonrosado, que palidecía por grados, tomando un matiz de lila claro. Y, en pleno sol, en aquella hora tranquila del día, las siluetas de los dos obreros, desmesuradamente aumentadas, destacábanse en el fondo límpido del aire, entre las oscuras líneas del banco y el extraño perfil del fuelle.

Cortado ya el capitel, lanzó Coupeau su acostumbrado grito de:

—¡Zidoro! ¡los soldados!

Mas Zidoro había desaparecido. El plomero echando votos, le buscó con la vista, y le llamó por el tragaluz del desván que estaba abierto. Percibióle por fin, en un tejado vecino á dos casas de distancia. El granuja paseaba, explorando los alrededores, con sus lacios cabellos rubios agitados por el viento y guiñando los ojos ante la inmensidad de París.

—¡Oye tú, haragán! ¿te figuras estar en el campo?

—gritó furioso Coupeau.—¿Eres como el señor Beranger, y compones versos tal vez?... ¡Ea! ¡dame los soldados! ¿Habrás visto? ¡Callejear por los tejados! ¿por qué no te traes á tu novia, para cantarle amores?... ¿Me darás los soldados, maldito?

Y después, acabando la soldadura, le gritó á Gervasia:

—Ya estoy listo... Voy á bajar.

El tubo al cual debía adaptar el capítel se encontraba en medio del tejado. Gervasia, tranquilizada, continuaba sonriendo y siguiendo con la vista sus movimientos. Naná, muy alegre al ver á su padre, palmeaba, con sus manecitas, sentada en la acera para contemplar mejor el tejado.

—¡Papá! ¡papá!—gritaba con todas sus fuerzas;—¿no me miras?

Quiso el plomero inclinarse, pero se le fué un pie. Y entonces brusca, lentamente, como un gato que se enreda en sus patas, rodó, resbalando por la pendiente del tejado, sin poderse agarrar á ninguna parte.

—¡Dios mío!—exclamó con ahogada voz.

Y cayó. Su cuerpo describió una ligera curva, dando dos vueltas sobre sí mismo, y vino á estrellarse en mitad de la calle, produciendo el mismo ruido que un fío de ropa arrojada desde arriba.

Gervasia, afeada, lanzó un grito desgarrador, y se quedó con las manos levantadas en alto. Acudieron al momento los transeúntes, formándose un compacto corro. La señora Boche, trastornada, flaqueándole las piernas, tomó en brazos á Naná, para taparle los ojos, y que no viese el espectáculo. Y entre tanto, la viejecita de enfrente cerraba su ventana, tranquilamente y como satisfecha.

Por fin, cuatro hombres trasladaron á Coupeau á una farmacia en la esquina de la calle des Poissonniers; y allí permaneció cerca de una hora tendido, en medio de la tienda, sobre una manta, mientras iban á buscar una camilla al hospital Lariboisiere. Respiraba todavía; pero el farmacéutico meneaba la cabeza con ademán nada tranquilizador. Gervasia, en tanto, arrodillada en el suelo, sollozaba incesantemente, inundado el rostro de lágrimas, ciega, atontada. Con un movi-

miento maquinal adelantaba las manos y tocaba los miembros de su marido, suavemente. Refirábalas luego, mirando al farmacéutico que le había prohibido tocar, y volvía á empezar al cabo de algunos segundos, como si una fuerza interior le obligase á asegurarse de que aún estaba caliente y creyendo con ello aliviarlo. Cuando, por último, llegó la camilla, y se trató de llevarle al hospital, levantóse, diciendo con vehemencia:

—¡No, no, no quiero que vaya al hospital!... Vivimos aquí cerca, calle Neuve de la Goutte d'Or.

En vano le objetaban que la curación le costaría muy cara, llevándole á su casa. Ella repetía con terquedad:

—Calle Neuve de la Goutte d'Or, yo guiaré... ¿Qué os importa á vosotros? Tengo dinero... Es mi marido; ¿verdad? Pues que es mío, lo quiero.

No hubo más remedio que conducir al plomero á su casa. Cuando la camilla atravesó por entre la multitud agolpada á la puerta de la farmacia, las mujeres del barrio hablaban con interés de Gervasia: brava moza que, si bien cojeaba un poco, no podía negarse que tenía un buen corazón; de seguro salvaría á su marido, mientras que en el hospital los médicos expiden pasaporte para el otro mundo á los enfermos demasiado deteriorados, á fin de no darse la molestia de curarlos. La señora Boche, después de haberse llevado á Naná á su casa, había vuelto y refería el accidente con detalles interminables, temblando aún con la emoción.

—Iba yo á comprar carne; estaba allí; le he visto caer—repetía.—La culpa la ha tenido la niña; ha querido mirarla y ¡patratás! ¡Ah! ¡Dios de Dios! ¡no deseo ver caer á ningún otro!... y todavía he de ir por la carne.

Por espacio de ocho días vaciló Coupeau entre la muerte y la vida. La familia, los vecinos y todo el mundo esperaban verle espichar de un momento á otro. El médico, un médico muy caro que se hacía pagar cinco francos por visita, temía lesiones internas, y estas palabras asustaban mucho, y hacían que

se dijera en el barrio que el plomero tenía el corazón desprendido por la sacudida. Gervasia, pálida por las noches pasadas en vela, grave, resuelta, encogíase de hombros ante tal supuesto. Su marido tenía rota la pierna derecha, eso todo el mundo lo sabía: se la compondrían, y pare usted de contar.

En cuanto á lo del corazón desprendido, ya se lo pondría ella en su sitio, pues sabía cómo se pegan los corazones con cuidado, limpieza y sólido cariño. Y mostraba una convicción profunda, segura de que le curaría sólo con permanecer constantemente á su lado y tocarle con las manos en los accesos de calentura. Ni un minuto dudó de ello. Durante toda una semana viéronla de pie, hablando poco, abstraída en su terquedad de salvarle, y olvidando los niños, la casa, la villa entera. Al noveno día, cuando el médico dijo al fin que respondía de la vida del enfermo, cayó desplomada sobre una silla, molidas las piernas, quebrantado el espinazo y anegada en llanto. Aquella noche consintió en dormir un par de horas, posando la cabeza á los pies de la cama.

El accidente de Coupeau había sacado de sus casillas á toda la familia. Mamá Coupeau pasaba las noches con Gervasia, pero cada día á cosa de las nueve se quedaba dormida en su silla. Cada noche, al volver del trabajo, la señora Lerat daba un gran rodeo para acudir á enterarse del estado del enfermo. Los Lorilleux fueron al principio, dos ó tres veces por día, ofreciéndose á velarle y hasta llevaron un sillón para Gervasia.

No tardaron en suscitarse disputas sobre la manera de cuidar á los enfermos. La señora Lorilleux pretendía haber salvado á muchos en su vida y, de consiguiente, sabía como nadie lo que debía hacerse en tales casos. Acusaba también á la joven porque la empujaba y apartaba del lecho de su hermano. Razón tenía, de seguro, la Banbán en querer curar ella sola á Coupeau, pues, en resumidas cuentas, si ella no hubiese ido á distraerle á la calle de la Nation, no se hubiera caído él. Pero, de la manera como lo cuidaba, lo probable era que lo despacharía para el otro mundo.

Cuando vió á Coupeau fuera de peligro, cesó Gervasia de guardar su cama con tan celosa aspereza. Actualmente ya no podían matárselo, y así pues, dejaba que se le aproximasen las gentes, sin desconfianza. La familia se reunía en la alcoba. La convalecencia debía ser muy larga; unos cuatro meses, según parecer del médico. Entonces, durante largos sueños del plomero, los Lorilleux trataron de muy necia á Gervasia. ¿De qué le servía tener á su marido en casa? En el hospital se hubiera restablecido en la mitad de tiempo. Hasta llegó Lorilleux á decir que hubiera deseado estar enfermo, coger una pupa cualquiera, para que viese si vacilaría un minuto en entrar en Lariboisiere. Su mujer conocía á una señora que acababa de salir de allí. Pues bien, ¡cada día le habían servido pollo en el almuerzo y la comida!

Y los dos, por vigésima vez, hacían cálculos sobre lo que iban á costar á la familia los cuatro meses de convalecencia: ante todo, los días de trabajo perdidos, después el médico, las medicinas y más adelante el vino generoso y los succulentos bifteks. Si sólo gastaban los cuatro sueldos que tenían ahorrados, podían darse por muy contentos. Pero de creer era que contraerían deudas; mas, eso sí, que no contasen con la familia, que no era bastante rica para mantener un enfermo en casa. Tanto peor para la Banbán, ¿verdad? que podía hacer como las demás, que llevaban su marido al hospital. Pero ¡quía! ¡si era una orgullosa!

Cierta noche la señora Lorilleux tuvo la malignidad de preguntarle bruscamente:

—Y vuestra tienda, ¿cuándo la alquiláis?

—Sí—dijo con sorna Lorilleux;—todavía os está esperando el portero.

Gervasia se quedó avergonzada. Había olvidado por completo la tienda. Pero más le dolía el ver la perversa alegría de aquella gente al pensar que su sueño dorado se había convertido en humo. Desde aquella noche acecharon las ocasiones para burlarse de su esperanza desvanecida. Cuando se hablaba de algún proyecto irrealizable, lo aplazaban para el día que Gervasia fuese ama de un hermoso almacén con vistas á

la calle. Y, á espaldas suyas, las pullitas tomaban gigantesco vuelo. Gervasia no quería pensar mal de ellos; pero, en verdad, los Lorilleux parecían muy contentos de la desgracia de Coupeau, que impedía á la joven establecerse de planchadora en la calle de la Goutte d'Or.

Entonces, quiso tomar también la cosa á broma y demostrarles de cuán buen grado sacrificaba su dinero para la curación de su marido. Cada vez que sacaba delante de ellos la libreta de la Caja de Ahorros del fanal del reloj, decía alegremente:

—Voy á alquilar mi tienda.

No había querido retirar todo el dinero de una vez. Sacábalo por partidas de cien francos, para no tener en su cómoda un montón de monedas; además, esperaba vagamente un milagro, un restablecimiento brusco, que hiciese necesario retirar la cantidad total. Al volver de cada una de sus excursiones á la Caja de Ahorros, sumaba en un pedazo de papel el dinero que aún le quedaba, para claridad de sus cuentas.

Y por más que aumentase la brecha abierta en sus ahorros, proseguía tranquila y sonriente, llevando la cuenta de esta dispersión de sus economías. ¿No era bastante consuelo emplear tan bien aquel dinero y haberlo tenido á mano en el momento de su desgracia? Y, sin un pesar, con mano cuidadosa, volvía á guardar su libreta detrás del reloj, debajo del fanal.

Los Gouget mostráronse muy atentos con Gervasia durante la enfermedad de Coupeau. La madre se había puésto á su completa disposición, y no bajaba una vez la escalera sin antes preguntarle si necesitaba azúcar, manteca, sal, ofreciéndole siempre el primer caldo cuando por las noches hacía su cocido, y cuando la veía muy atareada, hasta se ocupaba de su cocina y echaba una mano al fregado de sus cacharros. Gouget, cada mañana tomaba los cubos de la joven é iba á llenarlos á la fuente de la calle de Poissonnieres, ahorrándole con ello dos sueldos; y, después de comer, cuando la familia no invadía la alcoba, hacían compañía á los Coupeau.

Durante dos horas, hasta las diez, el herrero fumaba su pipa, mirando á Gervasia dar vueltas alrededor del

enfermo. En toda la noche no decía diez palabras. Su caraza rubia, como hundida entre sus hombros de coloso, enternecía al verla verter en una taza una tisana y disolver el azúcar sin hacer el menor ruido con la cuchara. Cuando se acercaba al lecho y animaba á Coupeau con su dulce voz, experimentaba el herrero una violenta conmoción. Nunca había encontrado una mujer tan animosa. Hasta le gustaba su cojera, que aumentaba el mérito de sus fatigas en los larguissimos días de la enfermedad de su marido. Imposible le parecía que no se sentase ni un cuarto de hora para comer.

La joven iba incesantemente á la botica, metía la nariz en cosas no muy limpias, y se daba un trabajo de mil diablos para mantener en buen orden aquella alcoba donde se hacía todo. Y á pesar de ello, ni la más mínima queja, siempre amable, hasta las noches en que se quedaba dormida en pie, con los ojos abiertos, de puro cansada. Y el herrero, en aquella atmósfera de abnegación, en aquella estancia saturada de medicinas, sentía crecer su cariño por Gervasia, viéndola amar y cuidar á Coupeau de todo corazón.

—¡Vaya! ¡camarada! ¡ya estás compuesto!—dijole un día al convaleciente.—¡Y no podía ser menos; tu mujer es un buen Dios!

El herrero estaba para casarse, ó más bien dicho, su madre quería casarle con una joven muy aceptable, encajera como ella. Para no disgustarla, decía su hijo que sí y hasta se había fijado la boda para los primeros días de octubre. El dinero necesario para poner casa dormía desde hacía largo tiempo en la Caja de Ahorros. Pero Gouget meneaba la cabeza cuando Gervasia le hablaba de este matrimonio y murmuraba con su lenta voz:

—Todas las mujeres no se os parecen, señora Coupeau. Si todas fuesen como vos, uno se casaría con diez.

Al cabo de dos meses pudo Coupeau empezar á levantarse. Reduciase su paseo á ir desde la cama á la ventana, apoyado en el brazo de Gervasia. Una vez allí, sentábase en el sillón de los Lorilleux, con la pierna extendida y descansando sobre un taburete,

Aquel bromista, que los días de heladas se burlaba de los que se rompían las piernas, estaba como avergonzado y confuso de su desgracia. Carecía de filosofía.

Había pasado los dos meses de cama echando tacos y reniegos y haciendo rabiar á cuantos le visitaban. Decía que el vivir tendido de espaldas, con un remo atado y tieso como un salchichón, no era vivir.

¡Ah! no se le borraría de la memoria el lecho de su alcoba; había en él una grieta, en un rincón, que hasta con los ojos cerrados dibujaría. Después, cuando empezó á instalarse en el sillón, comenzó otra cantinela. ¿Había de pasar mucho tiempo clavado en aquel sitio, cual si fuera una momia? La calle no era muy divertida, nadie pasaba por ella, y hedía á lejía á todas horas. No, en verdad; aquello le envejecía; daría gustoso diez años de vida únicamente por ver como iban las fortificaciones. Y reanudaba continuamente el hilo de sus acusaciones violentas contra el destino. No era justa su desgracia; aquel accidente no debía haberle sucedido á él, un buen obrero, nada holgazán, nada borracho. Eso debía reservarse para gentes de otra calaña.

—Papá Coupeau—decía—se descabró un día de chispa. No diré que lo mereciera, pero, en fin, la cosa tenía su explicación... Pero yo, yo estaba en ayunas, como Bautista, ni una gota de líquido en el cuerpo; y ¡cataplúm! el tumbo hache por haber querido volver la cabeza y dirigir una sonrisa á Naná. ¿No os parece lance demasiado fuerte? Si hay un Dios, ¡vaya qué manera tiene de arreglar las cosas! Jamás me tragaré esa píldora.

Y, cuando sus piernas recobraron las fuerzas, conservó sordo rencor contra el trabajo. Era un oficio desgraciado el pasar los días enteros andando como los gatos á lo largo de los canalones. «No son tan bestias los burgueses—añadía;—nos envían á la muerte demasiado cobardes para aventurarse sobre una escalera, instalándose sólidamente junto al hogar, importándoles un bledo la vida de los pobres.» Y hasta llegaba al extremo de decir que cada quisque debería de poner el zinc en el tejado de su casa. ¡Pardiez! eso era lo justo, y á eso vendremos á parar; y el que

nó quiera mojarse, que se fabrique un techo. Después, lamentábase de no haber aprendido otro oficio, más agradable y menos expuesto, por ejemplo: el de ebanista. Y echaba esta nueva culpa á papá Coupeau; los padres tienen la estúpida costumbre de hacer que sus hijos aprendan á la fuerza el mismo oficio que ellos.

Por espacio de dos meses más, Coupeau anduvo con muletas. Comenzó por bajar hasta la calle, y fumar una pipa á la puerta. Después, logró llegar hasta el bulevar exterior, arrastrándose al sol y pasando horas enteras sentado en un banco.

Con este ejercicio renacía su alegría, y su endiablada facundia se aguzaba en sus prolongadas excursiones. Y saboreaba, con el placer de vivir, un goce extremado en no hacer nada, abandonados á sí mismos los miembros, y habituándose sus músculos á un dulce dormir; era como una lenta invasión de la pereza que se aprovechaba de su convalecencia para penetrar en su piel y aletargarle, haciéndole suaves cosquillas. Volvía á casa rejuvenecido, chocarrero, encontrando hermosa la vida y no sabiendo explicarse por qué no había de durar siempre así.

Cuando pudo desprenderse de las muletas alargó más sus paseos y recorrió las canteras para visitar á sus compañeros. Permanecía cruzado de brazos delante de las casas en construcción, con sonrisitas y movimientos de cabeza; mofábase de los operarios y les enseñaba la pierna para demostrarles á dónde conducía el matarse á trabajar. Estas estaciones burlonas ante la tarea de los demás satisfacían su rencor contra el trabajo. Indudablemente volvería él á emprender sus interrumpidas faenas, pues no había otro remedio; pero eso sería lo más tarde posible. ¡Oh! ya le habían premiado su entusiasmo por el trabajo. Y además, ¡encontraba tan bueno aquello de no hacer nada!

Las tardes en que se aburría un poco, subía á casa de los Lorilleux. Estos le compadecían mucho y procuraban atraerle con toda clase de atenciones. En los primeros años de matrimonio, habíaseles escapado de las manos, gracias al influjo de Gervasia. Actualmente, recobraban ellos el suyo, haciéndole burla por miedo que le causaba su mujer, y tratándole de maricón,

Sin embargo, los Lorilleux obraban con sumá discreción, y celebraban exageradamente los méritos de la planchadora. Coupeau, aun cuando todavía sin reñir, juraba á su mujer que su hermana la adoraba, y le suplicaba que fuese menos áspera con ella.

La primera querrela doméstica que entre ellos surgió, tomó su origen de Esteban. El plomero había pasado la tarde en casa de los Lorilleux. De regreso, como la comida se retardase algo y los chicos gritaban diciendo que tenían hambre, se encolerizó de repente contra Esteban y le dió un par de bofetones. Y, durante una hora entera, estuvo refunfuñando: aquel mocoso no era suyo, y no sabía por qué le toleraba en su casa; el mejor día lo pondría de patitas en la calle. Hasta entonces había aceptado al niño sin ningún reparo.

A la mañana siguiente habló de su dignidad. Tres días después le mortificaba á puntapiés en el trasero, mañana y tarde, con insistencia tal, que cuando el chico le oía subir la escalera, corría á refugiarse en casa de los Gouget, donde la anciana encajera le reservaba un puesto en la mesa.

Largo tiempo hacía que Gervasia había empezado de nuevo. Ya no tenía la tarea de sacar y volver á poner el globo del reloj; todas las economías habíanse evaporado, y era menester trabajar de firme, trabajar para cuatro, pues cuatro eran las bocas que tenía que llenar.

Cuando alguno la compadecía, apresurábase á excusar á Coupeau. ¡El pobre! había padecido tanto, que no era extraño que se le hubiese agriado el carácter. Pero eso pasaría con el recobro completo de la salud.

Y si le daban á entender que Coupeau parecía totalmente restablecido y que podía volver al taller, exclamaba: ¡No, no es tiempo todavía! No quería verlo á tener en la cama. ¡Ya sabía ella perfectamente la opinión del médico! Y ella era quien impedía al plomero trabajar repitiéndole cada mañana que se tomase tiempo, que no se violentase. Hasta le metía de vez en cuando un franco en el bolsillo del chaleco.

Coupeau lo aceptaba como la cosa más natural del mundo; quejábase de toda especie de dolores para ha-

cerse mimar, de manera, que al cabo de seis meses, aún duraba su convalecencia.

Actualmente, los días en que iba á contemplar como los demás trabajaban, entraba de muy buena gana á beber una copa con los camaradas. A la verdad, no se pasa mal rato en la taberna; allí se bromea cinco minutos, y eso á nadie deshonra. Sólo los que se dan infulas se morirían de sed sin pasar la puerta. Razón tenía en otro tiempo cuando se burlaban de él, pues un vaso de vino jamás ha matado á un hombre.

Y dándose una palmada en el pecho, decía con orgullo que él no bebía más que vino; sólo vino, pero nunca aguardiente; el vino prolonga la existencia, no indispone el estómago, no emborracha. Sin embargo, más de una vez después de días enteros de holganza pasados de taller en taller y de taberna en taberna, concluyó por volver borracho á casa. Gervasia, en noches tales, veíase obligada á cerrar su puerta, pretextando tener una fuerte jaqueca, á fin de que los Gouget no oyesen las barbaridades de Coupeau.

Poco á poco fué perdiendo la joven su alegría. Mañana y tarde iba á la calle de la Goutte d'Or á dar un vistazo á la tienda que continuaba desalquilada; y ocultábase para hacerlo como si cometiese una niñada impropia de una persona mayor.

Aquella tienda volvía á marearla; por las noches, cuando apagaba la luz, soñaba con ella con los ojos abiertos, saboreando todo el encanto que proporciona un placer prohibido. Echaba de nuevo sus cálculos: doscientos cincuenta francos para el alquiler, ciento cincuenta francos de herramientas é instalación, y cien francos para vivir quince días; total, quinientos francos lo menos. Si no hablaba de ello en alta voz y continuamente, era para que no creyesen que se lamentaba de que sus ahorros se los hubiese llevado la enfermedad de Coupeau. A menudo, cuando iba á escapársele alguna palabra sobre el particular, poníase muy pálida, y retenía su frase con la confusión que produce un mal pensamiento. Actualmente, sería menester trabajar cuatro ó cinco años antes de ahorrar una tan considerable suma. Su desconsuelo mayor consistía en no poder establecerse desde luego; con ello

se bastaría para subvenir á las necesidades de la familia, sin contar con Coupeau, que disponía de meses enteros para volver á tomar gusto al trabajo. Así también creía ganar en tranquilidad, asegurando el porvenir, y desembarazándose de los temores secretos que la asediaban á veces cuando su marido volvía muy alegre contando y refiriendo alguna treta del animal Mes-Bottes, al que había convidado á beber un litro de vino.

Una noche, encontrándose Gervasia sola en su habitación, entró Gouget, y ella se retiró á pesar de esto, según tenía por costumbre. El coloso se había sentado y fumaba, contemplándola. Algo grave tenía que decir, sin duda; estaba pensativo y como madurando la idea sin encontrar forma conveniente para enunciarla. Finalmente, después de un gran silencio, decidióse, y quitándose la pipa de la boca, dijo de un tirón:

—Señora Gervasia, ¿queréis permitirme que os preste dinero?

Hallábase la joven inclinada sobre un cajón de la cómoda, buscando unos trapos. Incorporóse, encendida como una grana. Indudablemente debía haberla visto Gouget por la mañana extasiada ante la tienda, por espacio de diez minutos. El herrero sonreía con aire embarazado, como si hubiese hecho una proposición humillante. La joven rehusó con viveza; jamás aceptaría dinero sin saber cuándo podría volverlo. Por otra parte, tratábase de una cantidad bastante crecida. Y al verle mustio, consternado, acabó por exclamar:

—Pero ¿y vuestro matrimonio? ¡Yo no puedo aceptar el dinero destinado para vuestra boda!

—¡Oh! ¡no os dé cuidado eso!—respondió el gigante ruborizándose á su vez.—Ya no me caso. He cambiado de pensar... Mejor quiero prestaros ese dinero.

Entonces los dos bajaron la cabeza. Entre ellos existía una cosa muy dulce que no se atrevían á decirse. Y Gervasia aceptó. Gouget había prevenido ya á su madre. Atravesaron el corredor y fueron á verla en seguida. La encajera estaba seria, algo triste, con el rostro inclinado sobre su bastidor. No quería contrariar á su hijo, pero tampoco aprobaba el proyecto de

Gervasia, y dió sus razones: Coupeau se maleaba; Coupeau se le comería la tienda. Lo que de ningún modo perdonaba al plomero era que se hubiese negado á aprender á leer durante su convalecencia; su hijo se había ofrecido á enseñarle, pero Coupeau le había mandado á paseo, acusando á la ciencia de adelgazar á las gentes. Esto fué casi motivo de riña entre los dos obreros, y desde entonces cada uno iba por su lado. No obstante, la señora Gouget, viendo las miradas suplicantes de su hijo, mostróse muy afable con Gervasia. Convínose en que prestarían quinientos francos á los vecinos, quienes los reembolsarían por partidas mensuales de veinte francos.

—¡Oye, tú!—dijo Coupeau riendo, cuando supo lo del préstamo,—¡parece que el herrero te requiebra! En cuanto á eso poco cuidado me da; bien tranquilo estoy; ¡es un tipo tan ridículo!... Se le devolverá su dinero. Pero, si en vez de tratar con gente decente como nosotros, se las hubiera con holgazanes, ¡valiente chasco se llevaba!

Al día siguiente alquilaron los Coupeau la tienda. Gervasia no paró en todo el día corriendo desde la calle Neuve á la de la Goutte d'Or. Los del barrio, al verla pasar tan ligera y radiante de alegría hasta el punto de no cojear, decían que debía haberse dejado hacer una operación.

V

Casualmente los Boche, desde el vencimiento de abril, habían abandonado la calle de Poissonnieres y ocupaban la portería de la casa grande de la calle de la Goutte d'Or. ¡Coincidencia feliz! Uno de los temores de Gervasia, que había vivido con tanta tranquilidad, sin portero, en su tabúco de la calle Neuve, era la de caer bajo la férula de una bestia feroz, con quien tendría que chocar por un poco de agua vertida, ó por cerrar demasiado ruidosamente la puerta por la noche. ¡Son una canalla tan ruin los porteros! Empero, con los Boche, daría gusto. Eran conocidos de antiguo; de consiguiente, vivirían en buena inteligencia, como si dijéramos, en familia.